

Hacer míos tus porqués

Paolo Monaco, s.j.

“¿Para creer se necesita la (una) fe? [...]. La fe no me ahorra la fatiga de creer, cada día, en cada momento. Es más, radicaliza y lleva hasta las últimas consecuencias mi creer”.

¿PARA creer se necesita la (una) fe? En la crisis es fácil echar la culpa a los otros, acusar a los otros de ser la causa de nuestros males. Es lo que sucedió ya en los orígenes. Esa fue la reacción de Adán/Eva después del pecado. Se dice que la crisis que vivimos es una crisis de fe. Pero ¿ha entrado en crisis también el creer? ¿Qué es lo que impulsa a hombres y mujeres de todo el mundo, y no sin encontrar dificultades, a ir en búsqueda de un poco más de verdad, justicia, libertad, fraternidad? La fe en la vida, en el hombre (por lo tanto, también en sí mismos). Un sentimiento profundo, originario: que la vida se debe vivir plenamente. Una mirada de esperanza que va más allá de lo que los ojos pueden ver y la mente puede comprender. La intuición de la presencia de un bien que da sentido a la existencia. La espera de una palabra que cure el corazón y abra el amor a dimensiones universales (infinitas) dignas del hombre. Misterio del hombre.

En la crisis el peligro es que los fieles se conviertan en incrédulos, aunque sigan siendo fieles. Entiendan la fe (propia) como un juicio respecto de los que no tienen (la

misma) fe. Dejan crecer la división en su corazón, empezando por ignorar la propia incredulidad, la exigencia, interna a la misma experiencia de fe, de ampliar continuamente el horizonte del creer, de ir más allá de todas las barreras con las que se encuentra la fe. Si el fiel, ante los límites del propio creer, se echa para atrás, se contenta con lo que ha vivido hasta ese momento, se convierte en un incrédulo, porque no sabe ver más allá de sí mismo, se niega a aceptar que el objeto de la fe se encuentra sobrepasando aquel límite.

La fe es un don. Y, como tal, no se da sólo para quien lo recibe. Es un don para quien misteriosamente no lo ha recibido. No para que sea motivo de condena. Sino signo de esperanza y revelación de Aquel que está más allá. Es decir, por una parte, el fiel vive como los demás la fatiga, cuando no la tragedia, del creer, y, al mismo tiempo, es consciente de tener la suerte de haber encontrado el tesoro escondido, aunque no como algo que es sólo para uno mismo. Este es un tesoro que ha de ser dado continuamente a los demás, sean los que sean, para experimentar juntos la presencia del Otro.

El diálogo con los (no) creyentes, con las personas de (otras) convicciones es esencial para la fe. Es el signo de una fe pura, sencilla, virgen, inmaculada. Que no se transforma en ideología, propaganda, lobby, consenso, poder.

Porque la fe no ahorra la fatiga de creer. Cada día. En cada momento. Es más. Radicaliza y lleva hasta las últimas consecuencias mi creer. Me provoca dentro y desde dentro. Con un tal empuje, que me hace sentir mi fragilidad y mi debilidad. Me prueba continuamente. Soy consciente de ello. En algún momento la prueba es terrible, porque ya no veo, ya no siento a aquel que me espera más allá. Es como cuando se pone el sol. Por algún tiempo todavía se ven algunos destellos de su luz. Después todo se llena de tinieblas. Inexorables. La tiniebla a la que se le ha dado el nombre de noche: una tiniebla amiga, habitada, compartida, vivida con otros.

Soy consciente de ello. Y me asalta el miedo, la duda, el dolor, la angustia. En algunos momentos, la desesperación, porque veo todos mis fallos, siento su peso. Lo cual me hunde aún más. Dentro el vacío, la nada, la ausencia, el silencio, la soledad. Estoy solo. Con mi conciencia, mi voluntad, mi corazón. Aquí no hay nadie más. No veo a nadie. No siento a nadie. Diría que estoy muerto. Y, sin embargo, puedo aún decirlo. Por lo tanto todavía estoy vivo. Hay en mí, quedan aún en mí, un algo, un residuo de vida. ¿Qué puedo hacer? Depende de mi elección. No hay nadie en este momento en quien pueda apoyarme. En quien de buena gana descargar mis fatigas, y pedirle que decida por mí, en mi lugar.

Estoy allí, en ese punto tan alto y profundo que la cima del monte más alto o la fosa más profunda de la tierra parecen nada en su comparación. Es como estar sobre la punta de un alfiler. Provoca dolor, mucho dolor estar allí. Porque la punta del alfiler

entra en la carne, llega a los huesos, toca los nervios. Es un dolor que puede hacer enloquecer. La mente ya no sabe a dónde dirigirse, no logra ya razonar, no logra ya encontrar criterios en los que poder apoyarse. Estoy en la más plena y total contradicción. No soy ni me siento ya como un ser vivo, aunque sigo viviendo. Soy y no soy.

He llamado, he gritado mi rabia, mi dolor, y he buscado explicaciones de por qué me encuentro así, del sentido y la causa de esta noche, de esta oscuridad, de esta soledad, de este abandono, de esta muerte. He deseado encontrar una respuesta.

Y es ahí en donde la he encontrado, el otro se ha dejado encontrar. No me ha respondido. Pero ha hecho suyas mis preguntas.

Las vive conmigo. Amándome.

El creyente es testigo de este amor.

Sea cual sea su fe.

Sean cuales sean sus convicciones.

Esta noche es más luminosa que todas las otras noches, que todos los otros días.

La fe es un don. Y, como tal, no se da sólo para quien lo recibe. Es un don para quien misteriosamente no lo ha recibido. No para que sea motivo de condena. Sino signo de esperanza y revelación de Aquel que está más allá. Es decir, por una parte, el fiel vive como los demás la fatiga, cuando no la tragedia, del creer, y, al mismo tiempo, es consciente de tener la suerte de haber encontrado el tesoro escondido, aunque no como algo que es sólo para uno mismo. Este es un tesoro que ha de ser dado continuamente a los demás, sean los que sean, para experimentar juntos la presencia del Otro.